



Divulgue

ALCANTARA

Escuela Normal. Tesorero en la Asociación Musical Cacerña, de la que ha sido alma y vida y a la que ha entregado un tesón y una dedicación admirables.

Ambos, Santiago y Esteban forman parte de la historia musical de Cáceres. Historia de la que hay poco o nada escrito. Los eruditos e investigadores que han pasado revista a Extremadura en sus más diversos aspectos se han olvidado siempre de la Música. Si acaso hacen mención muy superficialmente siempre al acervo folklórico y ahí queda todo. Parece como si en esta bendita región no se hubiera rendido jamás culto a la música o que tal manifestación artística no tuviera interés para nadie. Tal es el silencio, la ausencia total de datos.

Pero los hermanos Berzosa, repito, forman parte de la historia musical de Cáceres. Santiago funda la Masa coral de Educación y Descanso que, pasado el tiempo, vendría a desembocar en el Orfeón Cacerño, y sus amplísimos trabajos de composición le vinculan a esta tierra, pues muchas de sus obras reflejan el ambiente extremeño: «Romancillo de Pascuaete»; «Boda típica extremeña», «Canto al Club Deportivo Badajoz», «Himno a Extremadura», «Rapsodia y sinfonía extremeña» y tantas canciones festivas —la cantera era inagotable—, que deberían recogerse en alguna forma como homenaje a quienes tanto amor pusieron en ellas y en esta tierra. El ser agradecidos es de bien nacidos. De las cualidades y virtudes de estos hombres pudieran hablar sus alumnos numerosísimos, entre quienes se encuentran los hermanos Cano, trompeta y saxo de la Orquesta Ligera de TVE, a quienes Santiago descubrió en Montánchez; Trini León, directora del Orfeón Provincial, cuyas grandes cualidades profesionales no vamos ahora a descubrir; Isidoro García Polo, director de la Filarmónica de Madrid; Matilde Domínguez, profesora del Conservatorio Provincial y tantos alumnos del colegio San Francisco, donde Santiago dió clase de música, y que orientados y

dirigidos por él, encontraron un ancho horizonte en la vida.

Porque estos dos hombres fueron forjadores de vocaciones y abrieron cauces, y caminos para que la corriente musical pudiera circular en la provincia. Santiago creó el Conservatorio, Esteban lo heredó, consiguió darle validez oficial y, tras más de veinte años en las estrecheces de unos exiguos presupuestos, mal material, pianos viejos, aulas insuficientes, la Diputación Provincial y su actual presidente, Jaime Velázquez, dieron una nueva dimensión y unas halagüeñas perspectivas a un centro que cuenta con más de 600 alumnos.

Pero... ellos que trabajaron hombro a hombro, ya no podrán verlo o —tal vez sí— desde la distancia en la que ya ni odios ni rencores importan, por encima de las envidias, intereses, condicionamientos y mediatizaciones de este cochino mundo...

Santiago y Esteban Berzosa vivieron medio siglo en Extremadura. De cuando en cuando la añoranza de la segoviana patria chica tiraba de ellos. Allí en Turégano les recibían con los brazos abiertos. El «Himno a Turégano», que Santiago compuso, es ya patrimonio del pueblo, como patrimonio de Cáceres es su obra de compositor, que el autor legó al Ayuntamiento de Cáceres. Como buenos castellanos, pese a su extremeñismo, fueron fieles a sus raíces. Precisamente el libro que Santiago estaba leyendo días antes del fatal accidente que le llevaría a la tumba era «Turégano y su castillo en la Iglesia de San Miguel», de Plácido Centero Roldán.

Santiago y Esteban ya no están. Se fueron dos tristes madrugadas de finales de enero y mediados de febrero. Esteban, que siempre había seguido los pasos de su hermano, ésta y definitiva vez se fue primero. Santiago, adivinando que el mundo sin el entusiasmo, el empuje y el cariño de su hermano ya no sería el mismo, se fue tras él. Desgracia de aquel día la familia musical cacerña, gran familia gracias a ellos, siente que se ha quedado huérfana.

Paquita GARCÍA

# UN AMOR IMPOSIBLE

(CUENTO) POR: ANA MARIA HERNANDO

Desde el piso catorce de la obra, la playa y el paseo marítimo se veían desvirtuados, sin color ni sonido, como una panorámica de tarjeta postal. Manuel canturreaba mientras alicataba, con habilidad de especialista, una terraza en la que se empleaba cerámica italiana. Aquel era un bloque costoso y llamativo. Manuel —nada de Manolo— era jefe de cuadrilla en los contratos a destajo. Había empezado cuando chaval, en el pueblo, como peón. Pero aquello estaba lejos. Ahora era oficial de primera, hacía programas, daba presupuestos y era "el señor Manuel" para sus subordinados. Manuel tarareaba una canción moderna —nunca le había dado por el flamenco— de reciente éxito. Era medio día y la playa se había cuajado. Ya hacía años que trabajaba en las grandes empresas de la costa y aquel espectáculo no le sorprendía. Ni le atraía siquiera. Manuel tenía treinta años, buen aspecto, independencia de soltero y unos ahorros tranquilizadores. Siempre había tenido la cabeza en su sitio y no se dejaba aturdir. Solo lamentaba que lo modestísimo de su origen no le hubiese permitido ser aparejador. El, por inteligencia, por oficio, por años de experiencia, sabía más que muchos aparejadores. Pero ahí estaban: Por encima de él. En los ingenieros y en los arquitectos ni pensaba. Demasiado altos. Casi como entidades legendarias. Manuel vivía bien, tenía primas de trabajo, gratificaciones, era formal y cumplidor. Y le gustaba aquella vida soleada hasta en invierno, de buen ritmo laboral y llena de oportunidades de todo tipo. Manuel ya había dejado atrás, los años de conquista fáciles, de caza indiscriminada de extranjeras ansiosas de sol y de emociones. Era observador y le gustaba aprender. Y practicaba algunos años y viajaba en un Mercedes gris, al mando de unos refinamientos: Se cuidaba el pelo y las manos, se arreglaban las uñas, usaba cremas para evitar que su piel, tan aireada se resecase como una corteza vieja, y, fuera del trabajo vestía con buen gusto. A veces, hasta leía novelas. La playa en plena temporada no le gustaba. Estaba ya saciado de ver tanto cuerpo desnudo, reluciente y renegrido. Ni le atraían las relaciones con las extranjeras por móviles de lujuria, dinero o burlón recocineo. No, hombre, no. Aún hay clase. Esas cosas las hacen los vagos, o los chavales recién salidos de la mili. Siguió dándole vueltas a un reciente proyecto. Quizá debiera aceptar aquel ofrecimiento que le hicieron los de Saneamiento. De sueldo poco más o menos, pero otra clase. Y a la larga... Volvió a tararear, miró el reloj y recordó que al día siguiente era fiesta. En los días de fiesta él era un turista más con derecho incondicional a su trozo de arena, a su parte de agua, a su posibilidad de relaciones. Por más que este año... Manuel no se quedaba nunca en el centro de la playa, en la parte ruidosa, superpoblada, incómoda y facilona. El se iba al final, dos Km. más allá, al Rincón del Padrés. Allí había otro público. Menos gente. Más clase. Sombrillas individuales en vez de toldos colectivos. Más calma. No era zona de apartamentos amueblados. Allí vertían su clientela dos hoteles de cinco estrellas y se extendían en recogida reserva una pequeña colonia de villas y chalets de lujo. Chalets blancos de cal, azules de pizarra, verdes de hiedra, morados de buganvillas, setos de boj, piscinas como turquesas. Realmente dudaba en ir. Quizá no se deba volver al lugar del amor. No verla teñiría aquel rincón de tristeza. Y encontrarla quizá desencadenaría un drama. El recuerdo le hacía más lento en el trabajo. Llevaba un año pensándolo, saboreándolo. Y solo habían sido unos días. En cuanto la vio supo que era distinta. Dolores vivía con sus tíos en uno de aquellos chalets. Hacía una vida recogida, salía con sus primos pequeños y viajaba en un Mercedes gris, al mando de un chofer uniformado. Mucha mujer para él. Casi ni recuerda como se encontraron cerca y empezaron a hablar. Manuel, tan sereno él, perdió la cabeza al momento. ¿Cómo no? Dolores era bonita y bien hecha, pero no hacía nada por ser llamativa. Era muy moderna, sin querer parecer

una de aquellas hippyes ocasionales. Vestía con una discreta selección de precio, tenía la piel dorada, pero no oscura como el nogal, se reía con alegría, pero sin descaro. Manuel observó que ella cuidaba de no ser vista con él, de no entretenerse mucho y no supo si ofenderse o emocionarse. El le dijo que era aparejador y cuidó su conducta. Se encontró capacitado para contarle muchas cosas de la vida allí. Desde el segundo día supo que se había enamorado y no hizo nada por combatirlo. Ella era dulce sueño. Tenía toda esa categoría de los grandes que saben proceder en todo con natural sencillez. Salieron varias noches. Manuel alquiló un coche que hizo pasar por suyo y la llevó... a muchos sitios. A todos los sitios hermosos y caros donde se podía tomar una copa, ver el mar, oír música, besarse. Apenas una semana. Ella se iba a Suiza para asistir a la boda de una hermana. Pidió volver a verla, saber su dirección. Dolores aseguró que escribiría ella primero. Los dos sabían que no era verdad, pero pusieron cara de creerse. Así pasó todo el año. Nada. Nunca más. ¿Quejarse? ¡Que vá! Un engaño así no puede prolongarse. En fin, fue perfecto. Mucha gente, en toda su vida no vive un momento tan definitivo. No iría al Rincón del Padrés. Quizá fuese una buena ocasión para acercarse a la Caleta.



En un tercer piso de la calle de Rosales, con los balcones abiertos sobre el Parque del Oeste, varias personas se afanan alrededor de un equipaje que parece ofrecer dificultades.

-Niña, coje el abrigo de entretiem po. Tu hermana ha dicho que en Ginebra no hace calor ni en Agosto. Decididamente iré al bautizo sin sombrero, y sin mantilla. ¡Mira que tener un niño prematuro! y en Suiza... Lo único para que la gente diga. ¡Lolita!

-¿Señora?

-Por fin ¿Qué haces? ¿Te quedas en casa o te vas al pueblo?

-Me quedo. Cada vez que voy vengo de peor humor.

-Creo que haces bien, aquello no es para tí. ¿Has apuntado los recados?

-Si señora.

-¿Me sacaste el joyero? Bien. ¿Y los guantes grises? ¿Y...?

El avión sale a media tarde. Este año no hay veraneo en la playa. La hija mayor se ha llevado a los niños a la sierra. La mediana, casada el verano anterior los espera para presentarlos a su primer hijo. La más joven los acompaña de mala gana. No es que le haga ascos a un viaje a Suiza, pero ¡En Agosto! La playa, el chalet, amigos, recuerdos. Suiza en época de nieves, pero ahora... Por fin, desde el balcón, la cocinera y la doncella ven al chofer cerrar el portaequipajes, sentarse al volante, arrancar. La cocinera se va hacia el interior de la casa. Lolita se sienta allí mismo, en la alcoba de la señora. ¡Menos mal! Hasta el último momento ha estado temiendo que la señorita consiguiera ir a la playa, que la otra hermana quisiera ir con los niños y que la mandaran a ella. Por nada del mundo habría ido. Se exponía mucho. Cualquiera día Manuel podría presentarse en el chalet y abrirla ella la puerta en uniforme. ¡Que vergüenza!. El era de otra clase, tenía estudios. ¿Cómo la miraría? Lo del año anterior salió bien por casualidad. Si se le puede llamar salir bien a enamorarse como una boba, como para no encontrarle gusto a ningún otro. Lolita sabe que es guapa, que es fina y que en los cuatro años que lleva en la casa ha aprendido de las señoritas en modales, en su arreglo, en gusto para el vestir. Sabe como habla esa gente, como actúa y hasta como piensa. Y entre "esa gente", entre los que son como sus señores, le gustan más las mujeres que los hombres. Ellos... de ello no se fía, no le gustan, no los ve claros. Pero aquel aparejador... Ella estaba convencida de que era sincero y que la quería. Pero claro, la quería pensando que ella era la dueña del chalet, de la piscina, del coche. Era mejor dejarlo así. Habían sido unos días de cine. De novela. Tan hermosos que ella no estaba dispuesta a destrozar su recuerdo. ¿Qué otra cosa tenía? con un mal encuentro. No hubiera ido ni aunque hubiera tenido que salirse de la casa. Y quien sabe si eso sería lo mejor. Salirse y colocarse de vendedora en un comercio, en una boutique. De momento el sueldo es poco más o menos. Pero es otra categoría y a la larga...

## El Complejo Polideportivo, en marcha

# 100 MILLONES DE PRESUPUESTO PARA LA PRIMERA FASE



La construcción de un Complejo Polideportivo para Cáceres es una realidad. La Diputación provincial cacereña ya anunciaba hace tiempo a los medios de comunicación social la idea que desde hace tiempo se venía gestando, y en el pasado marzo Jaime Velázquez, su presidente, convocaba a Federaciones, hombres del Deporte, representantes de medios de comunicación e incluso representantes de las barriadas cacereñas. No faltaba al alcalde de Cáceres, Manuel Domínguez Lucero; ni tampoco

el grupo de colaboradores, ingenieros, funcionarios, etc... que en la Diputación han trabajado en este proyecto.

### De Cáceres y para Cáceres

Comenzaba Jaime Velázquez la reunión manifestando a los presentes

(unos cincuenta en total) que el motivo de la misma era la presentación del proyecto del Complejo cívico-deportivo que en la finca del Cuartillo, propiedad de la Diputación, se quiere construir. La finca, añadía el presidente, tiene unas 170 hectáreas aproximadamente, de las cuales se utilizarán en una primera fase del

## ALCANTARA

Número suelto 100 ptas.  
Suscripción anual 1200 ptas.

orden de 50 a 60; finca del «Cuartillo», cercana a la carretera de Trujillo e idónea para esta construcción. Antes se dedicaba al ganado, pero la Diputación quiere alquilar o comprar una nueva, aparte de la del Aza de la Concepción, cerca de Malpartida de Plasencia, para cumplir este cometido.

### Los motivos de este Complejo

Añadía posteriormente el presidente de la Diputación que la infraestructura deportiva en Cáceres estaba olvidada, que prácticamente no existe y que, sin echar la culpa a los responsables del Deporte cacereño, da pena de que los convenios de los municipios con la Delegación de Deportes no se han cumplido. El tema de las piscinas en la provincial, entre otras, dio demasiados quebraderos de cabeza. «Hemos elegido este sitio por ser el más idóneo, por creer que puede ser y debe ser, con la ayuda de todos, el mejor Complejo Polideportivo que tenga Cáceres en su día. No sé —continuó el señor Velázquez— si tendremos la suerte esta